

CUENTISTAS
ESPAÑOLES

LA VOZ DEL DEBER

POR ALFONSO
HERNÁNDEZ CATÁ

Sólo de tarde en tarde, con ruido igual al que produce una seda al rasgarse, cruzaba por encima de la casita un proyectil de cañón. El jardín arrasado, una ventana hecha astillas y la marquesina, que tendía su toldo ante la puerta, era lo único que delataba que los invasores habían pasado por allí. Ahora la línea de batalla estaba bastante más lejos, y la casita servía de albergue al Estado Mayor. En la sala, sobre dos mesas de cocina, trabajaban algunos oficiales consultando planos y escribiendo órdenes. De vez en cuando, el timbre del teléfono de campaña, instalado sobre una mesita ante la cual veíase un sillón vacío, trepidaba nervioso, y el coronel dejaba el compás sobre el mapa e iba a escuchar mientras todos suspendían momentáneamente el trabajo para dejar oír mejor... Ante la puerta, dos centinelas miraban en el confín del horizonte una línea de humo que iba corriéndose hacia la izquierda, y cuando por el camino veíase llegar un automóvil, algún motociclista o algún jinete, uno de ellos avanzaba varios pasos por el pasillo y anunciaba:

—¡Una estafeta!

En cuanto el portador de órdenes la recibía o comunicaba los informes, salía de nuevo y el silencio activo del trabajo volvía a llenar la sala. Los oficiales de Estado Mayor del cuerpo de ejército eran cinco: el coronel, hombre jovial y de grandes bigotes lacios; el comandante Deville, trabajador, tenaz, inapreciable por su memoria para retener distancias y nombres, y a quien, sin saber por qué, suponían un poco co-barde; el capitán Paul, hijo del general, cumplidor exacto que hallaba en las jornadas más duras un cuarto de hora para escribir largas cartas a su amante y a su madre; el teniente Miaud, de apariencia vulgar, y el teniente Aubry, rechoncho exaltado y miope. Los cinco, después de una comunidad de ideal y trabajo durante varios meses, eran cordiales camaradas, pero sin olvidar la diferencia de jerarquías, sobre todo en presencia del general, cuya disciplina era de hierro.

Cuando la luz menguaba ya y el coronel vió que Aubry entornaba los ojos, se levantó, y estirando nerviosamente las piernas, dijo:

—Cinco minutos para un cigarro, señores... mientras encienden la luz... ¡Ordenanza!

—Que cierren antes la ventana—dijo con su prudencia habitual el comandante.

—¡Bah! Están lejos... no hay cuidado—dijo el capitán Paul.

—Además, a nosotros no nos tiran nunca... Tenemos privilegio.

—No importa; que cierren... Ahora están lejos; pero dentro de un par de horas pueden tener artillería gruesa y...

—Bien, bien... Tiene razón el comandante... El que aspire a ser impetuoso y a exponerse según le venga en gana para forzar condecoraciones, mejor está en la línea de fuego que en el Estado Mayor. Este es un yunque.

Un ordenanza había encendido un quinqué, poniéndole una pantalla de papel fuerte, que no tardó mucho tiempo

en chamuscarse. Ya los oficiales preparábanse a recomenzar la tarea, cuando uno de los centinelas anunció desde el pasillo:

—¡El general!

Y el jefe entró en la habitación con su paso vivo, mientras todos saludaban con aquella escrupulosidad militar donde, a pesar de lo escueto del ademán, revelábase respetuosa confianza y cari-

ver la arruga vertical que dividía su frente para comprender su preocupación. Iban a saberlo en seguida, pues el general, cubriendo casi la entrada del pasillo con su corpachón un poco encorvado por los años, se explicó lentamente:

—Señores oficiales... Siéntense y mírenme todos mientras hablo, de modo que pueda verles los ojos... Lo que voy a decir es tan grave, que ya comprenderán.

EL ARTE QUE NO MUERE



RETRATO DE UNA DAMA, POR ALBERTO DURERO (1471-1528)

ño. En seguida el coronel se acercó a él para darle cuenta de las comunicaciones recibidas; pero el general, repeliéndole, dijo:

—No... un momento; siéntese. Y yendo hacia el pasillo ordenó a los dos centinelas: —¡Cerrad esa puerta y que no entre nadie, absolutamente nadie!

Todos los oficiales se miraron. ¿Por qué había salido el general solo, sin llevar siquiera a su oficial de ordenanza? ¿Por qué él, habitualmente tan sereno, parecía nervioso aquella tarde, cuando la batalla, debilitándose, resolvíase en escaramuzas que no podía engendrar alternativas de transcendencia? Bastaba

que por mis años, por mi historia y por las circunstancias que atraviesa la patria no iba a aventurarme, sin comprobación, a pronunciar estas palabras, que, se lo juro a ustedes por mi espada, son las más dolorosas en mi larga vida de soldado. Señores oficiales: entre mi Estado Mayor, entre los seis hombres que estamos aquí, hay un traidor.

Todos se levantaron: pero un ademán del general cortó las preguntas y las protestas. Los oficiales, con los talones juntos, quedaron atentos de nuevo, y sus sombras, que hacían temblar la luz del quinqué, convergían lo mismo que la ansiedad de sus espíritus para ir a jun-

tarse en haz cerca del general, cuya voz exigió:

—¡Silencio! Ya tendremos tiempo de hablar todos... He dicho que hay un traidor, porque ojalá pudiera decir que hay medio traidor; la traición, que explicaré ahora mismo, tiene que haber salido de aquí y tiene que haber sido cometida por uno de ustedes... No repliquen...; pero los otros cuatro señores, estoy seguro que son soldados dignos de la Patria y acreedores a la confianza de su general, que siempre—al menos lo cree así—les ha dado el mejor ejemplo... Desde que estamos en este sector, todos nuestros movimientos proyectados, con un día o más de anticipación, son previstos por el enemigo... Al principio, pensé que se trataba de una similitud de concepción estratégica entre el general contrario y yo; pero no... Hace seis días, al recibir las órdenes del Cuartel General para la operación excelentemente concebida que fracasó el domingo, la comuniqué a ustedes... y al otro día, atiendan bien, en todos los puntos que había el generalísimo elegido para el ataque, hizo el enemigo concentraciones rápidas... Esto me infundió la primera sospecha. Al día siguiente realizamos un movimiento sólo con cuatro horas de preparación, y circulando yo personalmente las órdenes... Este movimiento salió bien... El traidor no tuvo tiempo ni medio de comunicarlo... Luego preparamos el ataque del bosque y de los dos desfiladeros, y decidí, contra la opinión justa del coronel, y ahora lo digo, porque no pensé realizarlo, que el ataque se hiciera en masas compactas y que al avanzar se emplazara artillería gruesa en la meseta 121... Pues bien; al día siguiente, los desfiladeros estaban defendidos por trincheras y ametralladoras y la meseta profundamente minada. Anteanoche, recuerdan ustedes?, hice yo notar, a propósito, que nuestro Estado Mayor había sido el único respetado por los bombardeos y que eso significaba que el enemigo nos protegía. ¿A que no tardamos mucho en recibir los primeros obuses?... Aún ayer, hice otra prueba más, y esta tarde salí solo para comprobarla, dejando a los centinelas consigna que de aquí no saliese nadie y estableciendo un teléfono exterior para conocer las comunicaciones que llegaban y las que se expedían... Me apresuro a decir que el teléfono, como todo cuanto se confía al coronel, ha funcionado con exactitud, y que mi comprobación de hoy

ha sido de tal índole, que puedo afirmar lo que antes dije: que hay entre mi Estado Mayor un mal patriota, un hombre vendido, es indudable; y que esa puerta no ha de abrirse sin que lo conozcamos, también es indudable, señores.

—Estamos a sus órdenes, mi general...

—¡Eso es horrible!

—Ya decíamos nosotros...

—Ganemos tiempo... Voy a subir a mi habitación, y uno a uno, por orden de graduación, subirán ustedes. No se ofendan; aunque hay aquí hombres que están en mi conciencia tan a salvo como yo mismo, interrogaré a todos, porque de no hacerlo así parecería que sospecho de alguno, y

eso, aun hoy mismo, me daría vergüenza hacerlo. Todos serán sometidos al mismo interrogatorio, desde mi hijo al coronel, y así no habrá injuria. Al hacerlo, cumplo la labor más penosa de mi vida... Los que vayan bajando me harán el favor de ponerse a trabajar sin dirigir la palabra a sus compañeros... Suba usted conmigo, coronel.

Ambos subieron por la crujiente escalera, y después se oyeron arriba sus pasos. Los oficiales se miraron, y más de una boca se agitó con el movimiento precursor de la palabra; pero un gesto del comandante impuso el silencio. ¿Qué harían arriba? Debían de estar sentados, pues no se oía nada. Las cabezas volvieron a inclinarse sobre los planos y el rasguear de las plumas se amplificaba en la quietud con una irregularidad delatora de la excitación. De tiempo en tiempo alguna mirada se alzaba de la mesa e iba a escrutar las fisonomías, como queriendo identificar al traidor. Fueron unos minutos largos, angustiosos. Al cabo, los pasos volvieron a sonar, y aún no estaba abajo el coronel y la voz del general había llamado:

—¿El señor comandante?

Después de subir el comandante silbaron cerca algunos proyectiles de cañón, y no tardó en oírse una detonación cercana. El teniente Aubry, luego de limpiar sus lentes, de continuo empañados, no pudo contenerse y murmuró:

—Tenía razón el general. Ya nos tiran.

—No olvide usted la consigna, teniente—recordó el coronel.

Y la quietud volvió a reinar. El comandante estuvo arriba más de un cuarto de hora. En la sala, cargada de ansiedad, comenzaban a impacientarse, y un gesto de profunda extrañeza insinuábase en los que creían al comandante espejo de buenos militares. Tal vez la duda iba ya a manifestarse, a pesar de la orden de mutismo, cuando se oyó ruido, crujió la escalera y al mismo tiempo anunció la voz del general:

—El jefe de Estado Mayor y el comandante quedan a salvo de toda sospecha. Que suba el capitán.

La habitación de arriba era estrecha, y no había en ella más que una cama de campaña y varios cajones que servían de asiento. Al ver entrar a su hijo, el general le indicó el lugar que había ocupado anteriormente el coronel y el comandante, y le ordenó:

—Siéntese, capitán.

El interrogatorio fué largo; el general no dejaba ningún detalle oscuro, y aunque su hijo contestaba con firmeza, una sombra de impaciencia le nublaba el rostro y le obligaba a mover la pierna temblorosamente. Las preguntas se sucedían; y los minutos, largos, henchidos, apenas pasaban en el reloj que estaba cerca de la cama.

—¿Ha escrito usted hoy alguna carta?

—Sí; la de todos los días, a mamá.

—No me refiero a esa. Usted tiene una persona en París a quien escribe: es público. ¿Le ha escrito hoy?

—Sí.

—¿Ha mandado la carta?

—No.

—¿Pero la ha escrito?

—Ya he dicho que sí.

—Démela.

—No puedo darla.

—Mira que eso equivale a confesarte traidor.

Aquel tuteo, aquel tono paternal que por primera vez se mezclaba al interrogatorio conmovió al capitán de tal modo, que lo hizo levantarse y tender los brazos. El general lo rechazó, y entonces todos los planes de defensa, todas las precauciones pensadas con astucia durante tantos días, dejaron pasar a los sollozos delatores. Sí, él era el traidor; había empezado a serlo insensiblemente desde hacía varios años, mucho antes de

la guerra: desde que una maldita vez el agregado de una Embajada le ganó en una partida de bacarat diez mil francos que no pudo pagar. Ni él mismo recordaba bien cómo empezó. Cuando quiso darse cuenta, era traidor ya. Aquello había sido un plano inclinado tan leve, que casi no pudo sentir que rodaba por él.

Era el dinero fácil, las mujeres, hasta la consideración especial de todos los ministros de la Guerra que se sucedían; y todo eso, a cambio de nada: de informes baladíes que hasta en los periódicos diarios podían procurarse... Sólo al declararse la guerra, cuando él quiso cortar de pronto aquellas relaciones, comprendió por las amenazas que estaba perdido, y, no teniendo valor para declarar la verdad, se sometió. Por él y por la amante de París se revelaban los movimientos; y gracias a él, para no perder su ayuda, había sido respetado el Estado Mayor hasta aquel mismo día, en que, también por su consejo, se bombardeaba para ahuyentar sospechas. Y de su boca, después de que las traiciones se fueron revelando una a una, escapó el grito infantil con que de niño había pedido tantas veces disculpa para las faltas leves: «Perdón, papá!»

El general quedóse inmóvil, y su hijo tuvo la impresión de que, de súbito, su cuerpo se curvaba más, como si el peso de sus palabras lo hubieran abatido. Hubo un silencio reflexivo, largo; al cabo, el padre lo cortó en voz muy baja:

—¿Tienes la carta ahí?

—Sí; aquí está.

—¿Está escrita en cifra?

—Sí.

—Bien... No quiero leerla. Quémala en esa luz.

Un momento después la carta era sólo una superficie negra, retorcida y rugosa por donde corrían puntos candentes. A una indicación, el capitán volvió a sentarse.

—Ahora—dijo el general—, ni el padre ni el militar creen oportunas las reconvencciones: es hora de hechos... La falta que has cometido es inicu: has traicionado a tu patria y a tu sangre; cuatro abuelos tuyos fueron militares, y los cuatro, igual que tu padre, porque yo estoy seguro de morir pronto frente al

enemigo, murieron con honor... Por mí mismo, por la memoria de esos cuatro abuelos, y por tu pobre madre, yo no tengo hoy fuerzas para cumplir todo mi deber... Si te queda conciencia, puedes disculpar al padre de esa debilidad. Pero el general es inflexible: aquí tienes mi revólver... Dentro de un momento vamos a abandonar esta casa, que el enemigo bombardea por tu indicación... Para todos habrás sido alcanzado por uno de esos proyectiles... Puedes darle las gracias a tu padre porque te consiente hacer creer que has muerto en un puesto de honor... ¡No, no me abracés; no me abracés!

Y a pasos vacilantes, huyendo de la voz que clamaba: «¡Papá, papá!» y de los brazos que se tendían hacia él, cerró la puerta y bajó la escalera. Los oficiales lo vieron aparecer y se levantaron. Nadie hablaba. Para cortar aquel silencio, el coronel dijo:

—Hay que abandonar la granja, mi general... Cada vez rectifican el tiro, y dentro de media hora la estancia aquí será insostenible.

Con un movimiento afirmativo el general dió la respuesta. Aún hubo otro silencio. De pronto, una detonación conmovió la casa, e involuntariamente todos miraron hacia arriba. Algunos iniciaron el movimiento de acudir. El general los detuvo, y con voz ahogada:

—Señorías oficiales...—murmuró—. El general tiene el dolor de manifestarles que el capitán Paul acaba de morir... Y el padre pide a su Estado Mayor que olvide lo que ha pasado esta noche y que, en prueba de cariño a su general, certifique que su hijo ha muerto cumpliendo su deber.

La voz se le veló en las tres últimas palabras. Ninguno dejó de comprender; en todos los ojos había lágrimas, y todas las manos se tendieron en señal de promesa. El coronel y el comandante hubieron de correr hacia su jefe, que había tenido que cogerse a las jambas de la puerta para no caer. El desfallecimiento duró sólo un segundo. Cuando se rehizo, dió orden de recoger sólo lo que había en la parte baja de la casa, y al salir mandó a los soldados:

—Rociad las paredes y prended fuego. Vamos, señores.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

IMPRESIONES DE UN LECTOR

NOVELAS, VIAJES

«La mujer de nadie»,

— por José Francés. —

NOVELA pasional, la última de José Francés: *La mujer de nadie*. Entraña psicología de hembra, a un tiempo pudorosa y ardiente. Pero acaso el designio principal del autor ha sido descubrirnos el mundo pictórico, moralmente apartado de la visión vulgar. El especialismo crítico de José Francés, tan pródigamente acreditado, necesitaba ese complemento novelístico; aunque el asunto interior de *La mujer de nadie* no es una lucha trágica con visiones inasequibles de belleza, como en el Claudio Lantier de *L'Œuvre*, sino una pasionalidad carnal y terrena. Heliana es, para mí, la encarnación de una baudelairiana de Manet, que proyecta sus ojos de esfinge sobre el esfuerzo desesperado de sus animadores, como una Monna Lisa de fatal augurio. Con su cabellera leonada, sus ojos claros y penetrantes, su alma turbulenta en que se confunden antiguas estirpes, Heliana es una fruta de acidez

embriagadora. Y cuando, al final, esa flor pecaminosa se nos muestra a modo de Antígona junto al sillón del artista caído en la idiotez, nos preguntamos si la intención del autor no ha sido precisamente mostrarnos en un símbolo amargo la ironía eterna del Arte, que encuentra las supremas imágenes de la excelencia moral en el triunfo sobre la propia caída, levantando una belleza intacta por encima de las corrupciones aparentes. El arte plástico, en suma, ¿no es acaso la exaltación divina de la carne? Y en esa carne idealmente real que se ofrece al artista para que vuelva a crear, la puede añadir un frenesí de compensaciones espirituales que la realidad desengaña y derrumba. Esta es la acción interior de *La mujer de nadie*.

Cuatro obras de José Más.

José Más, el joven novelista sevillano, nos envía cuatro nuevos libros, muy desiguales entre sí. Dos de ellos, *Sacrificio* y *Esperanza*, son, preciso es decirlo, in-

feriores a los méritos del autor de *La Orgía*. Pertenecen a esa literatura melosa y pacata que la timidez de ciertos espíritus confunde con la fortaleza moral. Obras destinadas a satisfacer una propaganda, visiblemente escritas para alcanzar premio en una biblioteca tendenciosa, no se levantan de la tonalidad falsamente sentimental y lastimera. Parecen ideadas únicamente para personificar las mismas abstracciones de sus títulos, la Esperanza, el Sacrificio; pero no en la medida heroica, sino en las proporciones de un ejemplario devoto. Respecto a la intención de los que sostienen esas bibliotecas para contrastar con ellas el opuesto vicio antiartístico de las novelas de baja sensualidad, cuyos autores ejercen una verdadera tercería deshonorosa. Pero creo en absoluto contraproducente el sistema, porque jamás la pudibundez ha sido un medio contra la saciedad. El concepto moral de los grandes escritores de todos los tiempos se ha mantenido muy lejos de toda gizmofanía. Además, para combatir ciertas impurezas no se necesita plantear de lleno la vieja y ardua cuestión de la moral en el arte; porque basta y sobra con presentar la batalla en el terreno del arte y oponer obras bellas a obras que ciertamente no lo son. El resultado de aquellos esfuerzos tendenciosos es, por desgracia, muy distinto: se quiere oponer a obras sumamente débiles en el concepto artístico otras que lo son todavía más.

El joven autor de *Sacrificio* y *Esperanza* tiene menos derecho a incurrir en ese pecado, porque él precisamente, sobre todo en algunas páginas de *La Orgía*, no temió rozar los límites de la morbosidad sensual, aunque para mí el artista persistió siempre en ellos.

Otro de sus libritos consta de dos narraciones andaluzas, *Soledad* y *Flor del Valle*. Todavía predomina en ellas aquel sentimentalismo doliente, apenas atemperado por la nota local, siempre viva en José Más, que la debe a la herencia paterna.

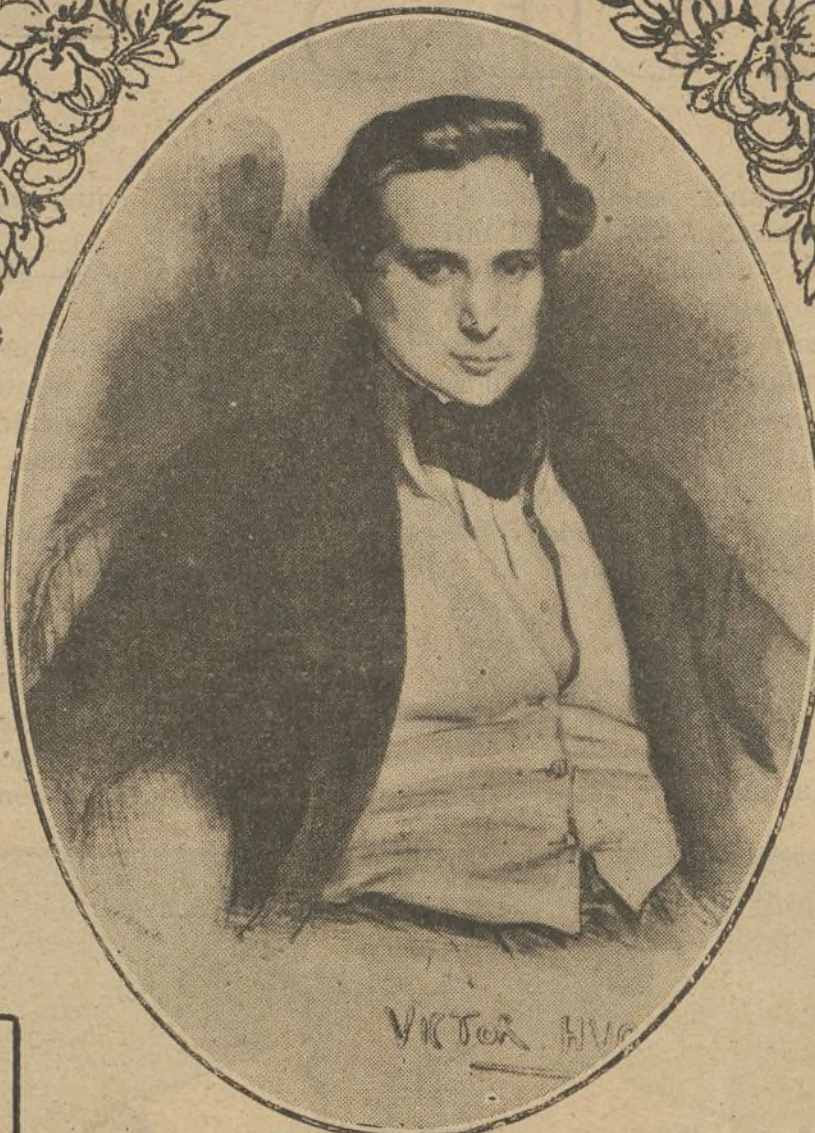
He querido hablar con esa sinceridad un poco ruda al joven amigo, porque voy a compensarla con lo que puedo decir de su otro libro, *En el país de los bubis*, impresiones de un viaje a Fernando Poo. Entre paréntesis: ¿Qué ofuscación de dibujante ha podido grabar sobre la cubierta un guerrero de los Pabellones Negros al frente de una legión de annamitas?—José Más nos muestra en esas notas su brillantez nativa de paisajista, su picturismo de escuela andaluza. Pero la parte mejor del libro es aquella donde campea más libremente la imaginación. Todas las narraciones tituladas *Fantasías africanas* tienen verdadera intensidad temática. *El aviso de la muerte* sugiere el recuerdo de Poe y Hoffmann. *El espíritu del castigo* desprende un fuerte vaho de sahumario ritual salvaje, un inquietante prestigio de divinidades negras. *La iniciación* es un verdadero idilio salvaje, el amor estallando en los confines entre el hombre y la fiera, como premio de la lucha brutal en las noches de celo, bajo la selva primitiva y confidente. *El desaparecido* es una ráfaga de demencia en que la Muerte cobra aspectos de libertad en los límites entre el mar y el misterio. *La espuria* es el mejor de esos cuentos. El hombre que ha escrito esa página rudamente sangrienta no parece el mismo autor de aquellas pobres narraciones de sábado blanco. Sobre la última página se ciernen unos cuervos fatídicos—los cuervos de Arturo Gordon Pym, escapados a Poe—, y cuando uno de ellos se atreve a lanzarse a devorar los ojos de la mujer bubi, cuyo cuerpo ha sido enterrado hasta el cuello, en plena vida, nos invade el escalofrío de un sublime terror que jamás olvidaremos.

Gabriel ALOMAR

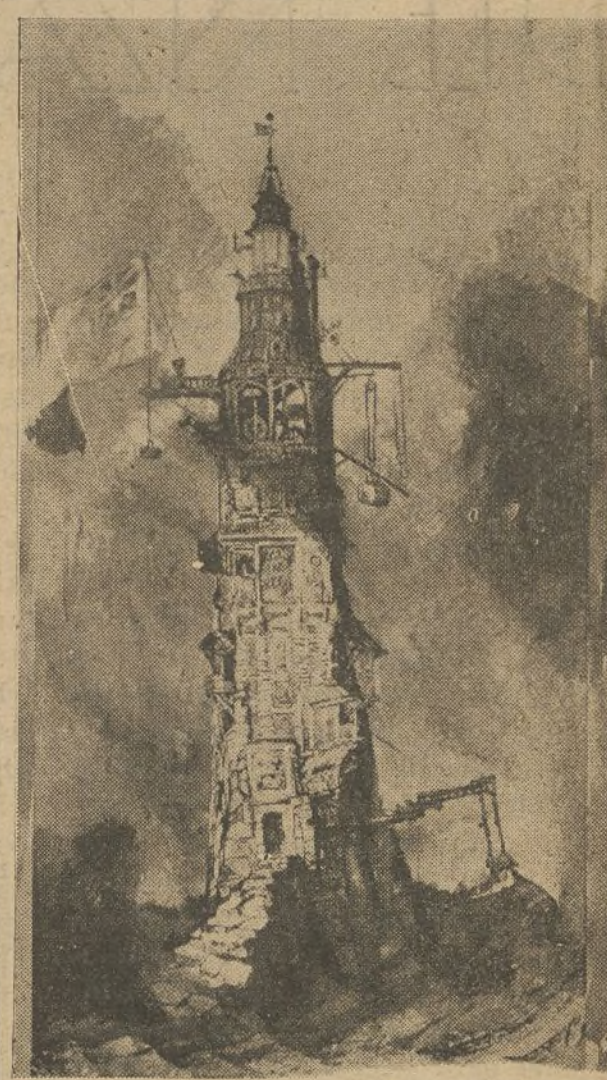
Victor Hugo, dibujante



EL FARO DE EDDYSTONE
Dibujo de Víctor Hugo para «El hombre que ríe».



RETRATO DE VÍCTOR HUGO, por Deveria.



FRAUENFELS
Encantador apunte del poeta.

En la antigua Plaza Real, hoy Plaza de los Vosgos, hallase instalado en París el Museo Víctor Hugo. Desde 1832 a 1848, vivió el poeta en la casa que actualmente guarda todo el tesoro artístico que como pintor y dibujante legara el autor de «Las Contemplaciones».

Su imaginación indomable fabricó para cada estancia de su morada una leyenda, y hasta en los ventanales de la fachada principal, orlados de ladrillos color de rosa, se fijó la fantasía de Víctor Hugo, pues aseguraba que desde ellos Marion Delorme había presenciado los desafíos que entre innumerables galanes provocaron su rostro y sus favores. La suposición puede ser inexacta, pero es lo cierto, que a fondo tan evocador y puro de estilo como la antigua Plaza Real, convienen perfectamente las figuras de Desbarreaux y Cinq-Mars enredándose a estocadas por las preferencias de la rival de Ninon.

El Museo Víctor Hugo, o mejor dicho la casa Víctor Hugo, encierra, como hemos indicado, entre sus muros, toda la obra de pintura y dibujo que el sublime cantor realizó desde el comienzo de sus aficiones y entusiasmos por el arte plástico. En el segundo constructor de «Nuestra Señora» dábale con rara perfección la convivencia o asociación de vocaciones varias, y con tan extraña pujanza y brío se mostraba su condición pictórica, que el mismo Saint Beuve, a quien conmovía cuanto fuera armonía y gradación en la Naturaleza, no vaciló en afirmar en una de sus críticas que «por el año 1828 había un escultor David D'Angers, un pintor Louis Boulanger, y un artista superior a los dos pintando y esculpiendo: Víctor Hugo».

Víctor Hugo, desde muy joven, dió pruebas de su aprovechamiento para cuanto significase diseño y pintura. Sus primeros trazos son para las expresiones de humorismo, y así el año de 1825 el autor de las «Odas» deja que su intención tome forma en caricaturescas manifestaciones, de las que luego se vale para propalar sus preocupaciones espiritistas. Seres extraños y deformes, sugeridos por el aire misterioso que sobre el poeta influía. Más tarde, las aptitudes secun-

darias se exteriorizan ya en notas inspiradas en el natural. Un viaje a Suiza y Borgoña, que produjo buen acopio de documentos, enciende en su espíritu rebelde, al recorrer regiones devastadas, el odio al destructor, y por ello pide en 1831 la redacción de una ley protectora de monumentos, ley que en 1834 fué promulgada, dando origen a un tiempo a la creación de la Comisión perpetua

go, y de su tránsito por tan bellos parajes deja muestras admirables, pruebas tan justas y tan plenas de emoción, que por ellas sus juzgadores le tuvieron como el «Turner negro». En 1850, el talento del dibujante adquiere una total comprensión, y de esa época son el «Castillo a la luz de la luna» y los diseños de París, trabajos dignos del más avanzado impresionista. La ideología de un



EL CARRO DE LA MONARQUÍA, Apunte satírico de la juventud del autor de «Noventa y tres».

de monumentos. Luego ya, sus facilidades para las artes plásticas dan razón de vida a cada momento, en cada nueva sensación percibida por el poeta, y así cuéntanse como muy valiosas las impresiones pictóricas y dibujadas producidas con ocasión de jornadas cubiertas en tierras de Bélgica, y muy especialmente las creadas por su viaje a España, realizado en el año de 1843. Pero cuando se perfecciona su pericia para interpretar lugares con el lápiz o el pincel es al recorrer a pie las riberas del Rin. Los encantos de la Selva Negra exaltan grandemente la habilidad extraordinaria de Víctor Hu-

Monet o de un Sisley no hubiese alcanzado más elevada significación. Pero su fantasía, pronta siempre a recibir el impulso con que el natural le aguijonea, no puede ni sabe someterse a una fiel interpretación, y de tal modo y por la contemplación de los mares, los faros de Eddystone y las costas de Guernesey, más que reflejos fidedignos son deducciones de la real obra de un colosal artista, que deja su imaginación dilatarse y perderse sobre la inmensidad de las aguas.

Era tan grande el respeto y afición tenidos por Víctor Hugo para cuanto significase arte puro o aplicado, que todo

lo que con la plasticidad escénica se relaciona, por ejemplo, lo confió desde el primer momento a los mejores artistas de su tiempo, y así todo el indumento de «Lucrecia Borgia» está planeado y resuelto por su grande y admirado amigo Gavarni, y con ello anteponía su amor por el arte a su concepto dramático, pues sabido es que para Víctor Hugo el teatro no era más que una sinfonía de palabras con una tesis y una decoración.

Para el arte decorativo tuvo también el poeta preferencias excelentísimas. Hubo un tiempo en que, por el curso de la moda, dióse a interpretar motivos orientales, con los que más tarde enriqueció una estancia o un mueble, cuya confección él mismo dirigía.

Interminables páginas podrían llenarse con el estudio que corresponde a diversos genios parejos al de Víctor Hugo, teniendo en cuenta su varia adaptabilidad y condición para manifestarse en arte distinto. Ello probaría cómo facultades dormidas o enselvadas en una misma naturaleza no se resignan a reposar en un eterno sueño ni a permanecer emboscadas y ocultas indefinidamente. La complejidad de una aptitud des- envolviéndose, mostrándose de modos distintos, necesita, como esencial condición, de una observación constante y de una sensibilidad apta para todo contacto con lo bello; y entonces, por recónditas, por distantes que se hallen las aptitudes secundarias, como conviven, aunque subordinadas en una unidad orgánica, al más leve empuje salen a flor y de nuevo muestran la lozanía de su expresión.

De Pascal se decía que en aquel grande espíritu el gémetra manifestaba iguales condiciones de genio que el escritor, a diferencia de D'Alambert, por ejemplo, que imprimió a sus trabajos caracteres matemáticos refidos en cierto modo, con los que ofrece en su literatura; pero, ¿no sería de imponderable interés el llegar al secreto impulso que sitúa a un Van Eyck, por ejemplo, como sabio químico, a un Delacroix como crítico atinado y a un Juan Jacobo Rousseau como experto conocedor de las artes musicales?...

JORGE MANUEL

CON TRES PALMOS DE NARICES



TRES eran tres...

Tres eran los que querían casarse con una joven muy hermosa y muy rica que vivía en un palacio muy rico y muy hermoso.

Esta joven tenía veinte años y un tío, con quien vivía en su palacio.

Tener veinte años está bien; es una cosa alegre, que da gusto; pero tener un tío gruñón está bastante mal, da muchos disgustos.

A la joven de veinte años le daba su tío más disgustos que otros tíos a otras jóvenes, porque el de ésta, a más de ser gruñón, era avaro. Toda la fortuna que tenía—y era mucha—le parecía insignificante, y mejor se dejaba arrancar una muela que soltar cinco céntimos.

La joven, que se llamaba Rosaura—¡qué bonito nombre, Rosaura!—, vivía sin ir a ningún lado y sin poder salir ni a paseo, porque el avaro del tío no le compraba trajes y a la pobrecita le daba mucha pena salir hecha una facha siendo de tan elevada condición como ella era (no digo de tan buena familia porque, como se puede ver, no todas las buenas familias son lo buenas que parecen).

Pero eso no le impedía tener jóvenes que suspiraban por su mano. Era tan guapa y hablaban de ella tan bien todos los que la habían visto, que ni un solo joven dejaba de tener puesto en ella el pensamiento, ya que no los ojos. Todos, todos los jóvenes estaban enamorados de Rosaura; pero sólo tres se atrevieron a ir al castillo, declararse a Rosaura, declararse al tío y correr los riesgos necesarios con tal de conseguir la mano de la bella.

Juanón, Tiburcio y Pirrimplín fueron los tres decididos.

Juanón partió el primero. Se creía que era un buen mozo porque no cabía por las puertas, y estaba seguro de que se metería a Rosaura en un bolsillo en cuanto se presentara delante de ella.

Camino del palacio iba Juanón cuando se le apareció una mujer, que le dijo:

—¿Adónde vas, Juanón, tan compuesto?

—A pedir la mano de Rosaura—contestó Juanón, muy orondo.

—Muy bien, muy bien; dichoso tú—replicó de nuevo la vieja—. ¿Y sabes lo que hace falta para que te dé Rosaura su mano cuando tú se la pidas?

—Claro que lo sé—volvió a contestar Juanón.

—Pues anda, hijo, y buena suerte—añadió la vieja, con sorna.

Cuando la joven se encontró con aquel elefante, dijo para sus adentros: «¿Adónde iré yo con semejante hastial?» Y le dio unas calabazas del mismo tamaño que Juanón.

Tras de Juanón fué Tiburcio. Este era hijo del alcalde, y eso le parecía más que suficiente para que Rosaura se quisiera casar con él.

—Mi padre es el que manda; yo soy el hijo de mi padre; luego ya está: no querrá casar conmigo será como faltar a los deseos de la autoridad, y eso, eso, no puede hacerlo nadie.

Cuando la vieja salió al camino, le preguntó, lo mismo que a Juanón:

—¿Adónde vas, Tiburcio, tan flamante?

Y contestó Tiburcio:

—Voy a casarme con Rosaura.

—¿Y sabes lo que hace falta para casarse con ella?

—No que no.

—Pues anda, anda; y ¡buena suerte!...

Se presentó Tiburcio a Rosaura. Tiburcio era hijo de su padre. Rosaura lo sabía. Y como Rosaura sabía que el padre de Tiburcio era el animal más grande del pueblo, sabía también que Tiburcio era el primer animalucho del pueblo, después de su padre.

Así que Rosaura le dio una colección de siete calabazas, una por cada concejal de los siete que componían el Ayuntamiento.

... Y le tocó el turno a Pirrimplín.

Pirrimplín iba muy apurado, preguntándole: «Pues señor, ¿qué haré yo para casarme con Rosaura?»

Salió la vieja al camino y le preguntó:

con una nariz pequeñita como un garbanzo.

—Ahora estaré peor—gimió Pirrimplín, apuradísimo.

—Dale vueltas a la izquierda al anillo—dijo la vieja—y repite: «¡Más, más!»

Lo hizo así el muchacho, y fué creciéndole la nariz hasta quedársele de un tamaño decente.

—Ahora, vete al palacio.

Pirrimplín dio las gracias a la vieja y se fué corriendo en busca de Rosaura.

El tío de Rosaura estaba de muy mal humor con aquello de que su sobrina tuviera tantos pretendientes, y se había propuesto mandarlos con cajas destem-

unos ojos de a cuarta, y quitándole del dedo el anillo se lo puso él.

Pirrimplín siguió haciéndose el dormido para ver en qué paraba aquello, y al ver que el avaro daba vueltas en el dedo al anillo que acababa de quitarle, comenzó a decir por lo bajo, y muy de prisa: «¡Más, más, más, más!» Y lo mismo fué decir eso que empezar a crecerle al vejete las narices un palmo, dos palmos, tres palmos, tres varas, cuatro varas...

El viejo salió de la habitación corriendo, espantado, abrumadísimo, al ver aquel fenómeno asombroso que le ocurría a la nariz. Y fué horrible, porque tropezaba con todo; se daba de trompazos con la nariz contra las paredes y los muebles, porque llegaba la nariz cinco minutos antes que su dueño. Tuvo que acudir el médico a toda prisa.

—Doctor, oiga usted: debe haberme picado alguna avispa, porque mire qué manera más terrible de hinchárseme la nariz.

El médico no acertaba a saber qué clase de bicho podría haberle picado al buen señor ni qué clase de hinchazón era aquella que crecía a lo largo y no a lo ancho.

Además, en cuanto el viejo, nervioso, daba vueltas y más vueltas al anillo, más y más largas se le volvían las narices, hasta que llegó un momento en que ni siquiera se pudo volver en la habitación, porque con el espacio que ocupaba la nariz no tenía sitio para dar la vuelta.

A los gritos y el jaleo acudió Rosaura, y se encontró con Pirrimplín, que la refirió todo lo ocurrido.

A Rosaura le pareció muy simpático Pirrimplín; y entonces éste se puso muy contento, y, yendo a la habitación donde estaba el avaro, le dijo:

—Yo le volveré a poner la nariz como antes si me concede tres cosas.

—Sí, sí—dijo el viejo.

—Primera: deme ese anillo.

El viejo se lo dio. Pirrimplín, entonces, se lo puso, y dándole vueltas a la izquierda y diciendo, en voz baja, «¡Poco a poco!», le acortó la nariz al viejo en una vara.

—Segunda cosa: que me deje casar con su sobrina.

El viejo dio el consentimiento, a la fuerza; pero lo dió. Pirrimplín volvió a repetir la suerte, y le quitó más nariz.

—Tercera cosa: que nos entregue diez sacos llenos de oro.

—No, no—gritó el viejo avaro—. Su nariz estaba ya bastante disminuida y prefirió quedarse con ella un poco grande a soltar los diez sacos.

—¿No?—dijo Pirrimplín—. ¡Pues ahora verás!

Dió vueltas al anillo en sentido contrario, y se le estiró la nariz al viejo de repente, como si fuera un matasuegras y le hubieran soplado de golpe.

Así le tuvo un rato: unas veces, consumiéndole la nariz hasta dejarla lo mismo que un cañamón, y otras, alargándosela de tal modo, que tiraba patas arriba cuanto tenía delante.

Por fin, el viejo avaro soltó los diez sacos, y con ellos se fueron Rosaura y Pirrimplín, y se casaron y fueron felices para siempre.

PIM-PAM-PUM

Dibujos de BARTOLOZZI.



—¿Adónde vas cavilando, Pirrimplín?

—Voy al palacio de la Bella Rosaura—dijo Pirrimplín—y no sé cómo decirle que me quiero casar con ella para que no me diga que no.

—¿Por qué no has de casarte con ella? ¿No eres bueno, y listo, y trabajador, y...

—Soy un narizotas—dijo Pirrimplín con mucha pena.

Pirrimplín, en efecto, tenía unas narices descomunales, y aquello le hacía desgraciado, porque se figuraba que Rosaura se reiría de él, dejándole con un palmo más de narices.

La vieja, entonces, sacó un anillo, y dándoselo a Pirrimplín:

—Póntelo en el dedo—le dijo—y dale media vuelta a la derecha, diciendo: «¡Poco a poco!»

Pirrimplín lo hizo y se le amenguó la nariz un centímetro; volvió a repetir la suerte, y se le volvió a disminuir; tanto lo repitió, encantado, que se quedó

pladas, sin consentir que los viera su sobrina, pues si ésta llegaba a casarse tendría que gastar en la boda, darle dote y hacer infinidad de dispendios.

Por eso el avaro había dicho a los criados que le avisasen siempre que llegase algún joven al palacio, en vez de avisar a su sobrina.

Pasaron a Pirrimplín a un salón grandísimo y allí le dejaron, esperando. Esperando seguía cuando vio venir al tío de Rosaura; y como era con la sobrina con quien quería hablar, no con el tío, se hizo el dormido para no tenerse las que entender con aquel vejete antipático.

El tío de la joven entró en la habitación, y al encontrarse dormido al pretendiente comenzó a mirarle por todas partes para enterarse de la clase de persona que sería y del dinero que pudiera tener.

Cuando le vio el anillo de oro abrió

Sinón al Volcán

¡Pico de Tenerife! Titán medievo de azul loriga,
que en Occidente eriges la dictadura de tu reinado
y anuncias a los nautas aventureros la playa amiga:
¡Atalaya eminente del Archipiélago Afortunado!

De un sumergido imperio, tú, la más alta cumbre cimera,
hacia el Olimpo sacro dabas la comba de tu heroísmo
cual un menhir miliario que, dominando la cordillera,
plantaran los gigantes en la inminencia del cataclismo.

Bajo las quietas ondas, atarecido, cientos de edades,
soñabas con los puros, cálidos rayos de Helios vehemente;
y al emerger, otrora, sellando un pacto de eternidades,
habías por raigambre la maravilla de un continente.

Desde frontera costa te ve el poeta cual si, liberto,
de dejar acabaras la transparente prisión pontina:
húmedos aún los flancos y el anchuroso cráter cubierto,
tan blanco que parece que aún está lleno de sal marina...

Ve tu imponente mole, que es hipogeo, periplo y ara,
y los tajantes bloques de tus pilares, firmes y enhiestos:
protección de la sima que en tus inmensos fondos labrara,
para mansión de Pluto, la propia mano del Dios Hefestos...

Tú guardas el secreto de insignes fábulas y tradiciones:
aplicando el sentido sobre tu costra circunvalante,
aún se escucha el gemido de las sepultas generaciones
y el resuello angustioso del devorado pulmón de Atlante.

Las brumas acarician tu inaccesible frente nivosa,
la lava de tus hombros cuenta a los siglos tus efemérides,
y a flor de mar, curvando las morbideces de carne rosa—
dóridas del Atlántico—, de amor palpitan las siete Hespérides.

El femenino empuje de sus alientos tu alma esclaviza;
y, al cuido vigilante de tu enigmático perfil corpóreo,
los marinos rebaños de vellón blanco que Bóreas riza,
triscadores, rebasan el ondulante confín ecuóreo...

Tú presenciaste el triunfo de las antiguas divinidades:
la posesión de Europa por la cornuda bestia jovina,
y la asunción radiosa que llenó el orbe de claridades,
al brotar de las olas como una perla, Venus divinta.

Y un día que al ensueño dabas, rendido, la ardiente entraña,
despertado de pronto por inaudito tropel sonoro,
viste pasar a Herakles, que coronaba la nueva hazaña,
llevando contra el pecho las encendidas manzanas de oro.

Con mengua de tu enojo fué consumada la audaz quimera;
contra empresa tan loca, nada, en desquite, tu esfuerzo pudo
antes que el vivo arroyo de tu venganza corrido hubiera,
ya el detentor mancebo ganaba el agua, bello y desnudo.

En vano tus enojos vomitan rayos; en vano, ardientes,
das a los cuatro puntos, agostadoras, tus oriflamas;
las yeguas de tu furia buscan en vano por las vertientes
lanzando por los bellos enardecidos relinchos-llamas.

Mil leguas en redondo sonó el cólico batir de cascos;
cien soles con cien lunas durara activa tu ebria congoja:
de día, fulminando prietas columnas de humo y peñascos;
sacudiendo en la noche la exorbitante melena roja...

Así te sueño, Pico de Tenerife, cumpliendo altivo,
por obra de tus dioses, un inmutable designio ignoto,
con todas las calderas y los fundentes hornos al vivo
y tus fraguas que azuzan las reptaciones del terremoto.

Así te sueño, ¡oh Teide!, mientras tu cono gentil descuellas;
hoy que te ven mis ojos—el mar por medio—de la isla hermana
desflorar el espacio y hender la linde de las estrellas,
dejando atrás las nubes con tu orgullosa cabeza cana...

Así te ven mis ojos; mas yo te quiero fosco y bravío,
porque tú emblematizas con tu perenne desasosiego,
Pico de Tenerife, del continente sereno y frío,
la victoria más alta, la gran victoria del hombre: ¡EL FUEGO!

Tomás MORALES

IMÁGENES MADRILEÑAS

La de Atocha.--La Almudena.--La Paloma.--La Soledad

Arrebuscadores y comentaristas de semivivencias y bellas antiguallas de historia madrileña les brinda fértil campo de pintorescas y amables memorias la variedad de efigies de la Madre de Jesucristo que han merecido predilección de la devoción del pueblo y que puede ser curioso observar y anotar como significación de detalles de su idiosincrasia y característico de la religiosidad popular.

Tres advocaciones de la Virgen han sido especialmente las veneradas en Madrid con un fervor mayor: la de Atocha, la de la Almudena y la de la Paloma. Algunos noticieros mal enterados han llamado Patrona de Madrid a esta última; pero son aquellas las que ostentan este título de patronato.

En el siglo XVII movió calurosamente los ánimos esta cuestión, siendo por aquellos tiempos cuando los escritores más preclaros escribían, no ya composiciones, sino libros enteros sobre estos asuntos patronales; ora ya refiriéndose a Madrid, ora ya a España entera. Lope de Vega hizo uno de ellos. Don Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo cantó luego a *La Patrona de Madrid, restituida*, refiriéndose a la Virgen de Atocha. Quedo empleado su alta pluma en defender a Santiago contra Santa Teresa en el patronato nacional, y en el famoso memorial a Felipe IV se acuerda de su calidad de madrileño con aquello de

«Y al gran San Isidro, ni ermita, ni cerro.»

Cervantes había hablado en *La Gitanilla* de las fiestas que, en tiempo de Felipe III, se hacían a Santa Ana como Patrona y abogada de la villa. Y en el año 1643 aparece adquiriendo grandes proporciones la cuestión de elegir Patrona entre las advocaciones de la Virgen. Había diferentes partidos. Quién se pronunciaba por la de los Remedios, que se veneraba en la Merced; quién por la Soledad, del convento de la Victoria; no faltaban los decididos por la del Buen Suceso, y sobre todos hallábanse los que alzaban pendón, de un lado, por la de Atocha, y de otro, por la de la Almudena.

Fueron triunfantes los fieles de la Virgen de Atocha, a la que con tal motivo trajeron desde su monasterio al de las Descalzas, donde la tuvieron ocho días dedicándola grandes fiestas. No era la primera vez que esa imagen era trasladada al convento fundado por la Infanta doña Juana. En 1598 habíase verificado la misma traslación, y no debieron ser muy edificantes las escenas que en la confusión del templo tenían lugar, por cuanto D. Antonio Martínez Salazar, en su *Colección de memorias y noticias del Gobierno en general y político del Consejo*, dice «que mandó que un alcalde con dos o tres alguaciles asistieran al monasterio hasta que se cerraran las puertas al anochecer, para impedir los desórdenes experimentados en el poco tiempo que estuvo allí la imagen».

Tan remoto había querido hacerse el origen de la Virgen de Atocha, que se la consideró nada menos que como obra de San Lucas y de Nicodemus, a quien también se indica como autor de otras famosas imágenes españolas, y traída milagrosamente desde Antioquía, y en la manera de escribirse este nombre (Antiochia) quieren algunos encontrar su razón etimológica. Otros, enemigos

de remontarse tanto, quieren que proceda de la denominación de la hierba tocha o atocha, por haber gran abundancia de ella en el lugar donde fabricóse la ermita, campo que se llamaba del Atochar o de los Atochares.

La capillita primitiva tenía ya cierta importancia en el año 1162, en que el arzobispo de Toledo la puso bajo la jurisdicción del abad de Santa Leocadia, en aquella ciudad. Y en el año 1523 fué cuando el inquisidor general, D. García de Loaysa, más tarde arzobispo de Sevilla, y fray Juan Hurtado de Mendoza, de la Orden de Predicadores, decidieron fundar un monasterio de la religión dominicana. Hallábase a la sazón en Vitoria el recientemente elegido Papa, Adriano VI, que había sido ayo de Carlos V y obispo de Tortosa, y a él acudieron con su demanda. El cardenal Fonseca y el entonces abad de Santa Leocadia, que era el madrileño D. Gutierre de Vargas y Carvajal, más tarde obispo de Plasencia, no se opusieron a semejante cambio, y el nuevo Pontífice atendió en seguida a los solicitantes. El monasterio de Nuestra Señora de Atocha, que tanta importancia había de tener y cuya iglesia llegaría a ostentar el título de basilica, quedaba fundado, viniendo de Talavera, el 11 de mayo de aquel año, los primeros frailes de la naciente Comunidad.

La Virgen d Atocha llevaba, como la de la Almudena, unido su nombre a los episodios de la conquista de Madrid. En la leyenda ha quedado el nombre del caballero Gracián Ramírez, que degolló a su mujer y a sus hijas porque no cayeran en poder de los musulmanes. Luego que los cristianos triunfaron, fué Ramírez a orar devotamente ante la imagen de Atocha, y la Virgen premió su celo con el milagro de devolverle vivas y sanas a la mujer y a las hijas, sin más recuerdo de lo pasado que la señal del cuchillo matador. El prócer ingenio de D. Francisco Rojas Zorrilla tomó inspiración en esta leyenda para escribir su comedia *Nuestra Señora de Atocha* y el mismo asunto sirvió en el siglo XIX a Hartzenbusch para otra obra dramática.

A la par que se habla de la Virgen de Atocha debe hablarse de la de la Almudena, la cual, aunque sin la brillantez que la primera, ocupa un lugar preferente y acaso más íntimo en la historia madrileña. Trescientos sesenta y tres años escondida en un cubo de la muralla estuvo esta imagen, que por encontrarse cerca de la casa que los árabes llamaban Almudena, que viene a ser como Alhondiga, dióse ese nombre a la efigie, que se aparecía en perfecto estado de conservación a pesar de estar hecha en madera vulgar y guardada tanto tiempo en sitio húmedo y sombrío. Con que habiéndose levantado sobre la mezquita el primer templo que tuvo la villa después de rescatada, y que desde luego se dedicó a la Madre de Dios, llamándose de Santa María, como se juzgase que ningún aposentamiento había de ser tan adecuado para la imagen de la Almudena como esa iglesia, fué llevada a ella con grande pompa y aparato.

En la Edad Media compartió esta Virgen los honores del culto con la de Atocha, aunque desde la fundación del monasterio de esta última vino a quedar un tanto oscurecida. Sin embargo, las personas reales recordábanla a veces. Así, en 1616, hubo de recibir el regalo de una corona que la enviaba la Reina

de Francia Ana de Austria, hija de nuestro Felipe III y mujer de Luis XIII.

Cuando, en 1624, hallábase la primera esposa de Felipe IV, doña Isabel de Borbón, embarazada de la Infanta doña Margarita, encomendóse solemnemente a Nuestra Señora de la Almudena, y entonces fué ocasión de que se descubriera otra imagen mural, que se supuso del tiempo de Alfonso VI, detrás del retablo de la iglesia de Santa María, porque, realizándose algunas obras en el templo, apareció dicha pintura algo toscamente pintada, y a la que se llamó Nuestra Señora de la Flor de Lis porque tenía una azucena en la mano. Con lo cual concluyeron algunos historiadores, entre ellos Jerónimo de Quintana, que siendo esa flor emblema de los Reyes de Francia desde tiempo inmemorial, debía proceder de la época de alguna Reina francesa, y recordaban que doña Constanza, una de las varias mujeres de Alfonso VI, fué Princesa de ese país.

La devoción de doña Isabel de Borbón a la Almudena trajo a esta imagen nuevos días de esplendor. De aquella época debe ser esa efigie suya, en piedra, que se halla en el muralón contiguo a la Cuesta de la Vega, y a la cual no puede concederse en todo caso antigüedad superior a la época de Felipe III, pues fué en tiempo de este Monarca cuando, por capricho de una dama que regaló su más costoso guardainfante para vestir a una Virgen, se inició la costumbre de darlas ese aspecto triangular, tan poco severo y tan ausente de elegancia.

La tercera de las Vírgenes favoritas de los madrileños es la de la Paloma, cuyo culto ha adquirido también ahora una gran importancia en su nueva iglesia, de buena obra mudéjar, constituida en parroquia con el nombre de San Pedro el Real. Carece del abolengo de las de Atocha y de la Almudena, y en armonía con su aspecto y con su historia, es la de carácter más popular y sencillo. En un corral propiedad de las monjas de San Juan de la Penitencia, de Alcalá de Henares, hallábase entre unos montones de leña esta imagen, que se supuso de la Virgen de las Maravillas, aunque lo que parece indudable es que sea una reproducción de la de la Soledad, a la que en seguida se hará referencia, y es de las imágenes de más abolengo de Madrid. Una piadosa mujer, Andrea Isabel Tintero, compró el lienzo de la Paloma a unos muchachos que jugaban con él, y después de limpiarlo, púsole devotamente en un retabillito del portal de su casa. Después, en 1795, hízose por el arquitecto Francisco Sánchez, discípulo de Villanueva, la capillita primitiva, donde, a más del culto popular, recibió la adoración constante de dos Reinas: María Luisa de Parma y luego Isabel II, que fueron sus devotas más acendradas.

La Soledad ostenta el mérito de ser una obra de arte, que tiene también su tradición. La Reina Isabel de Valois encargóla al famoso escultor Gaspar Becerra, para que copiasen en talla una imagen pintada que ella trajo de Francia. Becerra intentó en dos maneras la ejecución de la obra, sin el éxito que el quería, y de pronto, como si atendiese a una inspiración suprema, apartó de la chimenea un leño que ya comenzaba a arder, y en él fué en el que pudo labrar esta imagen, que la Reina, sumamente satisfecha de la obra del artista, hizo llevar al convento de la Victoria, de religiosos misioneros de San Francisco de Paula, que se hallaba en la Carrera de San Jerónimo y fué fundado con la eficaz ayuda de la propia doña Isabel.

Un siglo después de la fundación del

convento, en 1660, edificóse en él una capilla especial para la Soledad, inaugurándose el 19 de septiembre de aquel año con grandes fiestas y procesión general, a las que asistió toda la Corte. La villa de Madrid acudía en sus necesidades y tribulaciones a esta imagen, llevándola en rogativa hasta el Real monasterio de la Encarnación, y todos los años sale en la procesión de Viernes Santo, desde su capilla actual, que es en la parroquia del Buen Consejo, dentro de la colegiata de San Isidro.

Pedro de REPIDE

LECTURAS

La Biblioteca Renacimiento acaba de editar con todo esmero una preciosa novela de José María de Acosta, titulada *Entre faldas anda el juego*, digna, por su interés, por su fina ironía y por corrección de su lenguaje, de ser adquirida por todos los amantes de las buenas letras.

El número de diciembre de *La Pluma* inserta tres magníficas poesías inéditas de Rubén Darío; seis *Historietas de niños de todas clases y países*, preciosa muestra del libro *Edad de oro*, que prepara Juan R. Jiménez; un originalísimo cuento teatral, *El viejo*, de los hermanos Millares; la continuación, con *Italia*, de los *Apuntes para una geografía musical de Europa*, de Adolfo Salazar; versos de Bilbao, Moreno-Villa y Vighi; un cuento con sabor de anécdota real de la vida madrileña, por Rivas Cherif; crítica de teatros, libros y revistas, verdaderamente informativa, en la que el lector, sin salvedades, ni leer entre líneas, sabe a qué atenerse respecto a comedias y novelas nuevas; y una intencionadísima *Gaceta*: *Azorín de Tarascón*, merecido comentario satírico al reciente llamamiento del autor de *Las confesiones de un pequeño filósofo* a sus amigos de Francia.

El veterano y escrupuloso autor D. Vicente García Valero que en varios libros ha recogido con gran acierto historias, anécdotas y curiosos trozos de la vida íntima del teatro, acaba de publicar un tomo, titulado *Relatos de un vejeancón*, de interesante lectura, sobre análogos temas.

Don Crispulo Moro Cabeza, autor del libro para niños *Pintipolín*, ha publicado el último tomo de esta serie de lecturas, titulado *Pintipolín: su vejez*, con un epílogo de D. Rafael Torromé.

La Casa Bailly-Baillière ha editado últimamente dos obras interesantísimas y de gran utilidad: *El horno eléctrico* (su construcción, manejo y aplicaciones), por A. Stausfeld, y *Matemáticas aplicadas*, del profesor americano Ch. B. Clapham.

DE ALBERTO INSUA

Pida usted en librerías y estaciones *El Peligro*, *Las Neuróticas*, *Las flechas del Amor*, *El demonio de la voluptuosidad*, *Los hombres*, *La mujer fácil* y *Las fronteras de la pasión*. De todas estas famosas novelas acaba de hacer «Renacimiento» nuevas ediciones a cuatro y cinco pesetas ejemplar.

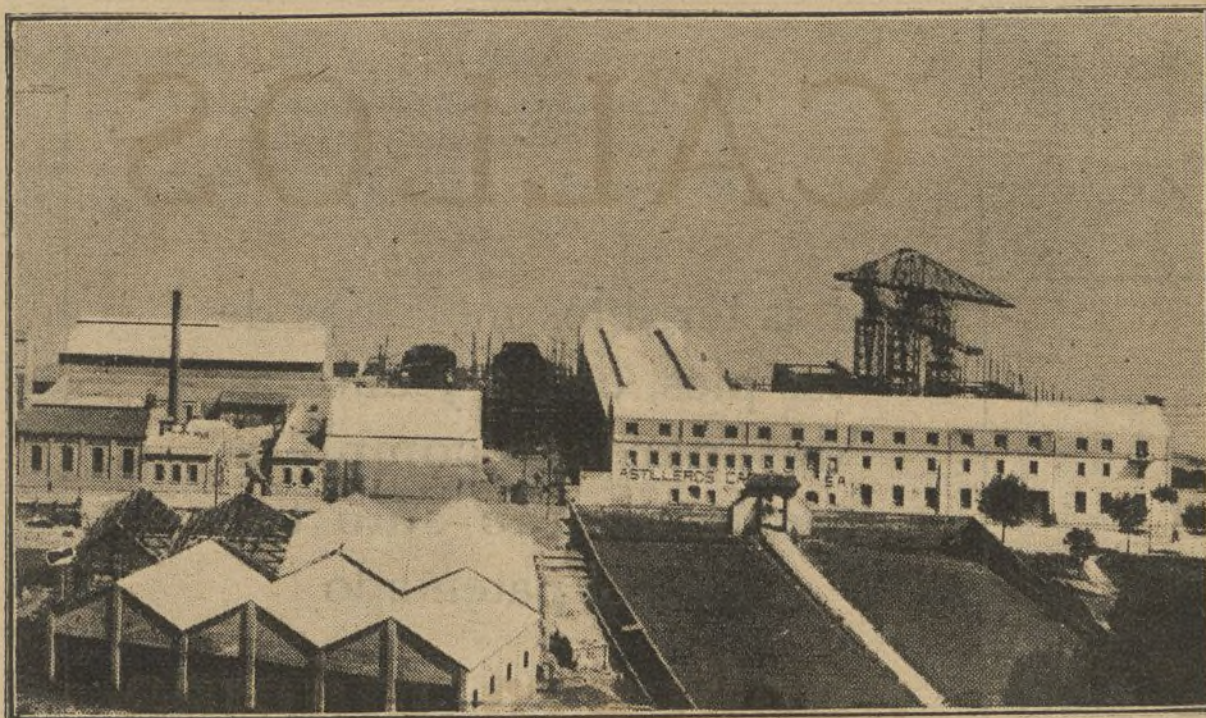
Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

Astilleros del Mediterráneo (S. A.)

I

Desde el 30 del pasado junio cambiaron de nombre los Astilleros Cardona, para figurar en lo sucesivo con el que lleva por título esta información; esta innovación originó, con gran sentimiento de todos los accionistas, la dimisión de la gerencia, que ocupaba el Sr. Cardona, cargo que, con el carácter de gerente único, se le concedió a D. Kendall Park y Park, y a los Sres. D. Alejandro Bosch, D. Arturo Witt y D. Felipe de Cruylles el de consejeros-vocales del Comité directivo, con amplios poderes para ostentar la representación y firma de la Sociedad.

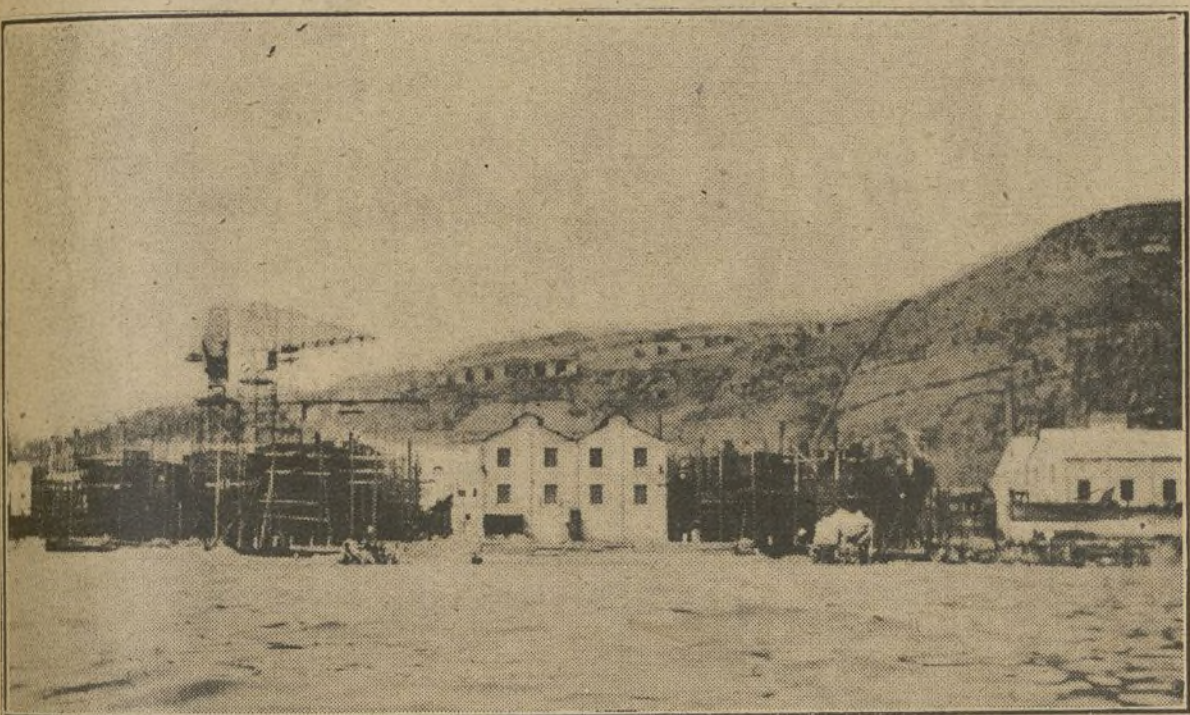
Deseosa la nueva Directiva de dar mayor impulso a los Astilleros, concedió la dirección técnica de los mismos a la Casa inglesa de los señores J. I. Thornycroft & Co., Ltd., encargada de las reparaciones de los buques de la Cunard Line; pero más tarde, y para reforzar más la obra emprendida, se concertó entre esta importante Sociedad y los Astilleros la fusión de ambas razones sociales, idea que se llevó a la práctica, conce-



diendo con ello extraordinaria importancia al puerto de Barcelona, que goza hoy día, merced a las mejoras realizadas en los Astilleros, de unos talleres de reparaciones para toda clase de embarcaciones, perfectamente equipados y al frente de los cuales existe un personal técnico competentísimo, enviado de Inglaterra por la Casa J. I. Thornycroft, compuesto de un director general, que tiene a sus órdenes a un técnico de construcción naval y otro de construcción de maquinaria, con el personal subalterno necesario para llevar a cabo cuantas órdenes de construcción y reparación de buques reciban, sean de la clase que fueren.

En estos Astilleros—excelentemente bien situados—se pueden construir simultáneamente cuatro y hasta más buques de 3.500 toneladas de registro; tienen una superficie de 20.000 metros cuadrados, midiendo el frente al mar más de 800 pies, en los que hay enclavados cuatro emplazamientos para la construcción de buques, dos de ellos servidos por tres potentes y elevadas grúas eléctricas, colocadas de tal suerte, que pueden depositar materiales en cualquier parte de dichos emplazamientos.

En posteriores artículos nos ocuparemos de los diferentes trabajos de reparaciones que se ejecutan en los talleres de los Astilleros, y al mismo tiempo trataremos de la construcción de los buques "Olesa", "Tarrasa", "Villafranca" e "Igualada" y de las pruebas del "Cervera y Berga", que, en unión de los anteriores, tienen encargados a los Astilleros del Mediterráneo la Sociedad Anónima Naviera Española.



ESPECIALIDAD EN AMPLIACIONES Y BODAS

J. SEGURA

Teléfono M. 4.152. FOTOGRAFO 4, Puerta del Sol, 4.

GRAFICO-HISPANO
FOTOGRAFADO

ARTES GALILEO 34 TELÉFONO J. 859

EL PODEROSO TÓNICO PARA LOS NERVIOS Y CEREBRO



HORMOTONE

MEDICAMENTO CUYA COMPOSICION CONSISTE
SOLAMENTE DE EXTRACTOS DE GLANDULAS DE TORO Y OTROS ANIMALES
EL MAS GRANDE DESCUBRIMIENTO DE LA EPOCA EN MEDICINA



Hormotone proporciona lo que los medicamentos compuestos de drogas no pueden proporcionar, es decir, elementos de vida, obtenidos del toro y otros animales, y transformados al cuerpo humano por medio de tabletas.

Se ha descubierto últimamente que los extractos de glándulas de animales aumentan la eficacia de las de nuestro cuerpo, combatiendo enfermedades, y supliendo ciertas secreciones cuya producción, al disminuir, es la causa principal de la vejez. El Hormotone está compuesto exclusivamente con estos extractos, y por esto cuando el semblante es pálido, y el organismo necesita un tónico, el Hormotone es el mejor medicamento. Combate la debilidad cerebral e impotencia, dando vigor a hombres y mujeres que lo toman. Domina los nervios

hasta normalizarlos. Como Hormotone es un producto animal, no contiene drogas ni compuestos químicos tan perjudiciales al organismo por el fuerte desgaste que ocasionan.

Sus efectos son como poner aceite en una lámpara. En el noventa por ciento de los casos un tubo es suficiente. Pruebe durante unos días, tomando dos tabletas antes de acostarse, y se sentirá tan restablecido que Ud. mismo suspenderá el tratamiento.

¿No le parece que el ensayo es bien sencillo para que se decida?

HORMOTONE es recomendado por todos los médicos.—Agentes en España: Sres. Andreu y Ramón.—Rambla Cataluña, 119.—BARCELONA

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

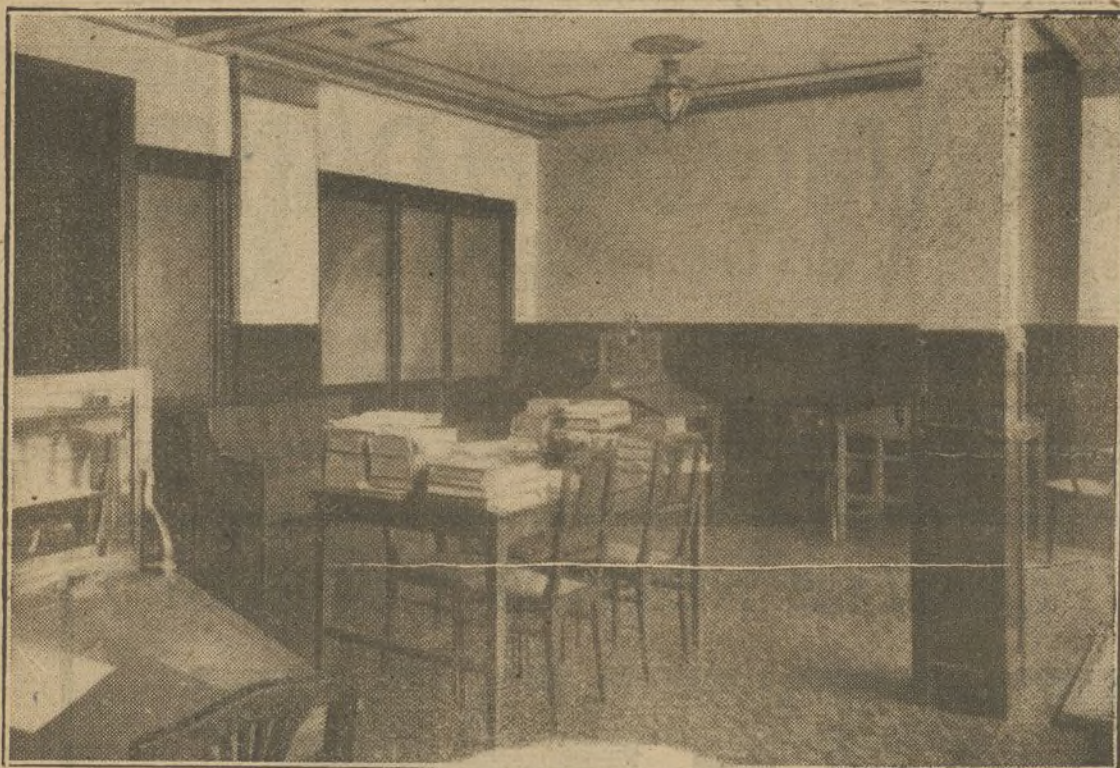


PLATERIA Y JOYERIA
D. GARCÍA
(S. O. D. LOPEZ Y FERNANDEZ)

MARAVILLOSOS OBJETOS
PARA REGALOS
T.º 2241 M

ALMACENES
Y DE PACHO
JAL N.º 2 A. 8

FABRICA
FERRAZ 17



Vista parcial de la Biblioteca del Hotel de París.

GRAN HOTEL PARÍS OVIEDO

Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.

CASA NATALIO

La primera en impermeables ingleses de todas clases, sastrería y camisería fina.

OVIEDO

Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BÓVEDA (LUGO)

Ayuntamiento de Madrid